

**Homilía del Cardenal José Luis Lacunza Maestrojuán**  
**Delegado del Papa Francisco para la Beatificación del Hermano**  
**Santiago Miller**  
**Huehuetenango, 07 de diciembre de 2019.**

Querido Hermano, amigo, Cardenal Álvaro Ramazzini, Obispo de esta Diócesis de Huehuetenango, Excelentísimo Monseñor Nicolás, Nuncio Apostólico del Papa Francisco en Guatemala; querido hermano Obispo y hermano de comunidad, Agustino Recoleta, Mario Alberto Molina, Arzobispo de Los Altos a cuya Arquidiócesis pertenece esta Diócesis de Huehuetenango; querido hermano Gonzalo de Villa, presidente de la Conferencia Episcopal de Guatemala, hermanos Obispos de Guatemala y Nicaragua que han venido para compartir el gozo, la alegría y la gratitud de este momento para la Iglesia de Guatemala, la Iglesia Universal y nuestra Iglesia Centroamericana; querido Hermano General de los Hermanos de la Salle; querido hermano Rodolfo Meoli postulador del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas; querida hermana y esposo, familiares del Hermano Santiago Alfredo que están aquí con nosotros en representación de toda la familia, recordándonos que son parte de nosotros ya que Santiago Alfredo se hizo uno de nosotros y por nosotros entregó su vida; queridos hermanos lasallistas de Guatemala y de todo Centroamérica, presentes aquí en esta celebración; hermanas religiosas, sacerdotes, fieles de esta Diócesis de Huehuetenango.

El 7 de noviembre el Papa Francisco en la audiencia concedida al Prefecto de la Congregación para las Causas de los Santos, el Cardenal Angelo Becciu, autorizó a esa congregación a publicar el decreto de martirio del siervo de Dios Santiago Alfredo Miller, martirizado, vil y cobardemente asesinado el 13 de febrero de mil novecientos ochenta y dos, cuando contaba a penas con treinta y siete años de edad; a pocas cuadras de distancia de este lugar. En la carta apostólica con la que el Santo Padre Francisco proclama Beato al Siervo de Dios Santiago Alfredo Miller, religioso profeso del Instituto de los Hermanos de las Escuelas Cristianas y que hemos dado lectura al comienzo de esta ceremonia. Hemos escuchado que lo califica bajo tres aspectos: lo califica como mártir, excelente educador de los jóvenes y defensor evangélico de los pobres y oprimidos; hemos escuchado al Hermano Meoli recordarnos en la breve biografía antes de la proclamación del Beato, esa reseña rápida de la vida de Santiago: su nacimiento, su primer contacto con los Hermanos de las Escuelas Cristianas, su decisión de entrar a formar parte del instituto de las Escuelas Cristianas, su entrada al seminario, la recepción del hábito, su primer destino en la escuela secundaria Cretin, en San Pablo Minnesota, donde además de sus tareas como profesor de español, inglés, religión, se ocupaba también del mantenimiento físico de las instalaciones y entrenaba a un equipo de fútbol de los alumnos; también hemos escuchado como en mil novecientos sesenta y nueve, después de haber hecho los votos perpetuos fue enviado a Bluefields, Nicaragua (y aquí está el obispo de Bluefields, Monseñor Pablo Smith); y, después de cinco años fue trasladado a Puerto Cabezas, en la misma Nicaragua donde actuó como director con gran, gran éxito para la escuela y con gran reconocimiento de un gobierno que pasaba por malos momentos, era el gobierno dictatorial de Somoza en sus años de caída, sus horas bajas y por eso en mil novecientos setenta y nueve, en plena revolución sandinista, los superiores del hermano Santiago le mandaron salir de Nicaragua temiendo que el haber trabajado en favor de los jóvenes, no

trabajaba por el gobierno, no trabajaba por ser un colaborador del gobierno, trabajaba por ser un educador de los jóvenes, pero que eso pudiera traerle fatales consecuencias al ser identificado como un posible Somocista, lo volvieron a Estados Unidos para evitar cualquier tragedia, y volvió a su lugar de origen donde comenzó su andadura educativa, a Cretin, pero pocos años después, un año, dos años, ante la insistencia del Hermano Santiago de que su vocación era enseñar entre los pobres, especialmente entre los indígenas, sus superiores decidieron mandarlo a un lugar que presumían que iba a ser más tranquilo: Guatemala, y vino aquí a Huehuetenango y aquí trabajó en el centro indio donde jóvenes indígenas mayas de las zonas rurales estudiaban y se formaban en la agricultura, recibían toda esa formación en valores, valores cristianos y humanos tan propios de la enseñanza lasallista; hasta que un año apenas, febrero mil novecientos ochenta y dos, tres individuos con la cara tapada, como lo hacen los cobardes, y por la espalda le dispararon y acabaron con su vida. No sé si fueron reales o no los intentos por identificar a los asesinos, pero no dieron ningún resultado.

Desde el principio de su andadura como hermano de las escuelas cristianas, todos los puntos de referencia de sus superiores, colaboradores, eran muy positivos, muy laudatorios, por sus actitudes de generosidad, piedad, honestidad, docilidad; se comprometía con la vida interior de la comunidad, se lleva bien con sus compañeros de comunidad, de clase, era un factor de unión, de comunión al interno de la comunidad y en las obras de la comunidad. Uno de los profesores del escolasticado decía de él que era atractivo, de personalidad abierta y sociable, esa sonrisa de oreja a oreja, esos ojos brillantes que aparecen en la foto del hermano Santiago dan fe de eso, de esa personalidad atractiva, abierta, sociable, amable, nada de falso en él, cautivaba a la gente por su sencillez, era muy inteligente, pero también muy, muy sencillo. Cuando fue sometido a la votación, (como ocurre en todas las comunidades religiosas y aún en los seminarios del clero, cuando uno va a ser promovido a la profesión o a las órdenes, es sometido a un estricto examen de la comunidad), y en ese examen para la profesión de votos perpetuos, los votantes hablaban de su generosidad de su influencia positiva y ya señalaban su vivo interés, deseo de trabajar en las misiones y, lo recuerdan, el que era el director del escolasticado, como una persona inteligente, aunque no era intelectual; jovial, de relación fácil, que prefería el trabajo físico al deporte, con profunda fe y amor a su vocación religiosa, pero decía: con cierta tendencia a llegar tarde a clase y a las oraciones de la comunidad (parece que se estaba preparando para trabajar en Centro América o en América Latina, que no tenemos la puntualidad como una de nuestras virtudes). Ya en Nicaragua su viejo deseo de trabajar en un proyecto misionero, se hizo realidad. Desde Nicaragua escribía él que sentía una gran satisfacción por trabajar con los más pobres y cuando alguien le preguntó si no sentía miedo a los fusilamientos que ocurrían en los alrededores donde él estaba, él respondió por carta: “bromea jamás hubiera pensado que podía rezar con tanto fervor cuando voy a la cama.”

Cuando llegó a Guatemala, era muy consciente de la situación que ya se vivía en Guatemala, por los famosos escuadrones de la muerte y de las posibles consecuencias que podrían seguirse para él, y en una carta que escribió en enero de mil novecientos ochenta y dos decía: “personalmente estoy harto de violencia, pero sigo sintiéndome profundamente comprometido con los pobres que sufren en América Central, Cristo es perseguido a causa de nuestra opción por los pobres, conscientes de los numerosos peligros y dificultades seguimos trabajando con fe y esperanza confiando en la providencia de Dios” y añadía: “soy hermano de las Escuelas Cristianas desde hace casi veinte años y mi compromiso en la vocación crece más y más con mi trabajo en América Central, pido a Dios la gracia y la fuerza de servirle

fielmente entre los pobres y oprimidos de Guatemala y dejó mi vida a su providencia, poniendo mi confianza en Él.” Un mes después de escribir estas palabras cayó bajo las balas, detrás tres asesinos amparados en el anonimato.

Sin duda que la vocación, la obra y el martirio del Hermano Santiago es un punto de referencia, tanto para la comunidad lasallista como para todo educador cristiano acerca de la validez y de la vigencia de la pastoral educativa. Cuando la Conferencia de Medellín hablaba de la educación liberadora y luego Puebla la retomaba como educación evangelizadora, no hacían sino poner de relieve la fuerza transformadora de la educación, entendida no como una transmisión de saberes, sino como una configuración de la persona en torno a valores y actitudes, que en el caso de la Iglesia son los del Evangelio. Es cierto como lo aclaraba Puebla que la educación en cuanto tal no pertenece al contenido esencial de la Evangelización, sino más bien a su contenido integral; pero la educación católica pertenece a la misión evangelizadora de la Iglesia y debe anunciar explícitamente a Cristo Liberador. El documento de Aparecida señala: “la fe cristiana nos muestra a Jesucristo como la verdad última del ser humano, el modelo en el que el ser hombre se despliega en todo su esplendor ontológico y existencial, anunciarlo integralmente en nuestros días exige coraje y espíritu profético, contrarrestar la cultura de muerte con la cultura cristiana de la solidaridad es un imperativo que nos toca a todos y que fue un objetivo constante en la enseñanza social de la Iglesia.” No nos debe extrañar, por tanto, que la acción pastoral del Hermano Santiago incomodara tanto hasta el punto de asesinarlo, no hay cosa que más incomode a los totalitarismos de izquierda o de derecha, de ayer y de hoy, que la educación, y de allí sus esfuerzos por suprimir la libertad de enseñanza y por estatizar la educación, aunque sea pisoteando un derecho humano tan fundamental como el de los padres a escoger la educación que crean mejor para sus hijos; claro, no hay un pueblo más dócil que un pueblo ignorante, no hay un pueblo más sumiso que un pueblo domesticado, no hay un pueblo más manipulable que un pueblo sin conciencia, sin criterios, sin valores.

El Hermano Santiago con su pastoral entre los indígenas, los más pobres entre los pobres, les hacía conscientes de su dignidad, de sus derechos y de sus responsabilidades, con lo que resquebrajaba el sistema autoritario, explotador y abusivo de quienes veían en ellos solo mano de obra barata para realizar los trabajos más ingratos y riesgosos, sometiéndolos a condiciones de vida infrahumana; a la vez que los capacitaba para tener acceso a nuevas y mejores oportunidades, rompiendo así el círculo vicioso de la pobreza, la exclusión y el descarte. El Hermano Cyril Litecky, a la sazón Visitador del Hermano Santiago, poco después de su muerte escribió que es importante no olvidar al Hermano Santiago Miller, decía: “aquello por lo que vivió y aquello por lo que al fin murió, es el mensaje evangélico de libertad, paz, justicia y verdad”. No olvidemos al Hermano Santiago y la mejor manera de no olvidarlo es hacer causa común por la justicia, la libertad, la dignidad de todo ser humano, especialmente de los pobres marginados y excluidos. La opción por los pobres no es un tema político, aunque tenga implicaciones y exigencia políticas, es un tema evangélico, o no recordamos que Jesús nos ha dicho que lo que hacemos a nuestros hermanos, a los más pequeños, se lo hacemos a él mismo; seríamos injustos con la obra, la vida, la misión y la muerte del Hermano Santiago si lo dejáramos caer en el olvido, si no retomáramos la bandera de lucha del Evangelio que él enarbola siempre; por ello Hermano Santiago, Ruega por nosotros. Amén.